

Generosos inconvenientes

Luisa Valenzuela

Menoscuarto. Zamora, 2008. 266 pp., 16 e.



Luisa Valenzuela

A veces los críticos literarios tienen que presentar al público español autores que disfrutaron en sus países de una merecida y antigua fama. Así ocurre con la argentina Luisa Valenzuela (Buenos Aires, 1938), de larguísima trayectoria, admirada desde su juventud por Susan Sontag, Cortázar o Carlos Fuentes. Por fortuna, una doble casualidad favorece ahora su difusión española: Menoscuarto Ediciones publica estos *Generosos inconvenientes* –selección de relatos escritos entre 1967 y 1993– y Páginas de Espuma su trabajo más reciente: *Tres por cinco*. Como en Cortázar, en Valenzuela hay mucho de juegos de ingenio e ironía y gran descreimiento de las versiones oficiales. Ingenio puro, pero algunos textos alcanzan la hondura existencial de otro gran maestro argentino del relato: Haroldo Conti. La fina guasa y el humor negro rebosan en títulos como: “Novela negra con argentinos” o el logrado y terrible “Aquí pasan cosas raras” de esta colección, escrito en plena Argentina de 1976, que comparte con “Cambio de armas” el trasfondo de la violencia asumida de las desapariciones y torturas. La utilidad de la literatura como denuncia y también como consuelo aparece ya en la prosa inicial de “Los Menestres” (1967): la vida de una madre y un hijo en una granja francesa, aferrados a los relatos diarios que mantienen el recuerdo de nueve ausentes. Un mundo repleto de simbolismos y

alegorías recorre toda la obra, especialmente “Donde viven las águilas”, “El don de la palabra (caricatura de los poderosos y sus discursos)” o “Generosos inconvenientes bajan por el río (con esa red cruzada en el río por si aparece el Mesías)”. En “Verbo matar”, la acción verbal y la acción pura se entremezclan, señalando indirectamente (pero justo entre los ojos) a los monstruos de la dictadura y su amenaza aleatoria contra la inocencia y los proyectos. Como en Ingeborg Bachmann, las relaciones enfermizas de poder en lo político y en la esfera privada: la familia de Cuchillo y madre. El mundo desencantado y la soledad contemporáneas quedan retratados en “Tango”. Aburre “El café quieto”, pero deslumbra, en cambio, “Si esto es la vida, yo soy Caperucita Roja”: magistral inversión del machismo latente en los cuentos infantiles, ingeniosa rebelión de Valenzuela contra el sumiso papel asignado a las mujeres. También la densidad de las palabras grita no a la dominación burda de los hombres. Valenzuela cuestiona lo establecido, las preciosas fábulas con hadas, los cuentos chinos. De ahí que “Avatares” –alegoría de la impunidad de los poderosos– discurra hacia una burla de Cenicienta y los príncipes azules, reivindicando relaciones entre iguales en el mundo real. Ese mismo deje cínico, desenmascarador, no dejará títere con cabeza en “La llave”. Valenzuela declara que pretende “darle vuelta a la taba”, “invertir el punto de vista”. Y vaya si lo consigue.

CALABUIG, Ernesto